

Trilogía del Patriarcado II

# LA VENGANZA DE CONSUELO

Agustín López-Raya



**EXCELLENCE**  
by *Angela Tortorella*  
Editorial

# **LA VENGANZA DE CONSUELO**

**TRILOGÍA DEL PATRIARCADO II**

**AGUSTÍN LÓPEZ-RAYA**



Primera edición: abril de 2026

© Copyright de la obra: Agustín López-Raya

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 979-13-991736-2-8

Código ISBN digital: 979-13-991736-3-5

Depósito legal: B 6663-2026

Corrección: Valeria Lorenzo

Diseño y maquetación: © Apple ianliro

Diseño de portada: Cristina Lamata

Fotografía de portada y contraportada: JM Barroso

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions

[www.angelsfortunedititions.com](http://www.angelsfortunedititions.com) [info@angelsfortune.com](mailto:info@angelsfortune.com)

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*A mi madre... por su alegre generosidad y su graciosa bondad.*

*Ojo por ojo y todo el mundo quedará ciego.*  
*Mahatma Gandhi*

# PRÓLOGO

Consuelo caminaba bajo la noche serena. Al doblar la esquina, el corazón le dio un vuelco. Había un hombre y una mujer sin rostro en la puerta de su casa. La luna llena proyectó sus tentáculos sobre la calle, como si quisiera identificarlos. Temió por su padre. Corrió. Un torrente inundó la calle. El agua le llegó al cuello y la arrastró. Entre manotazos errantes, Consuelo se asió a una reja. La luna alumbró a los extraños llamando a la puerta. No. Una lámpara se encendió en la casa. Consuelo le gritó a su padre que no abriera. Se lanzó al mar de la calle. Entregó el alma en cada brazada, pero las olas le impidieron avanzar. Volvió a la reja. La puerta se abrió. Un rayo iluminó el rostro amable de su padre, luego, centelleó en la hoja del cuchillo que la mujer hundió en su corazón. Con el rostro empapado de sal y lágrimas, Consuelo volvió a soltarse y una ola salvaje la hundió.

Despertó emergiendo del fondo del edredón. Se sentó en la cama, con el pelo empapado en sudor, y trató de descubrir dónde estaba: en su dormitorio de la hacienda de Linares de la Sierra. El corazón trotaba desbocado. Bajó de la cama con lágrimas recorriendo sus mejillas pecosas. Asumía que Jimeno la maltratara y violara durante años, que su vida había sido un infierno. Pero lo que no podía ni quería asumir era que su padre, el hombre más bueno y generoso del mundo hubiera sido asesinado. Ella habría

entregado su vida mil veces por la de él. Miró el reloj, quedaba media hora para el funeral y la idea le provocó una sucesión de arcadas. Fue al baño a vomitar. Se culpaba por abandonar a su familia al irse a vivir un año a la Toscana. Lo hizo para sanar, para alejarse del mundo de Jimeno, para luchar contra el abismo que heredó a la muerte de su marido. Pero ahora ya todo era la nada, su vida se precipitaba a la inexistencia. Si le quedaba alguna razón para vivir, era saber por qué le pasó eso a ella y por qué su padre fue asesinado a puñaladas, igual que murió Jimeno.

Salió del baño y arrastró los pies y el alma hacia el ventanal, contempló el cielo de nubes negras y supo que sus amaneceres, a partir de ese día, tendrían la misma oscuridad que las tormentas.

# Capítulo 1

## TÍTULO DE CAPÍTULO



Su amiga Giovanna se negó a acompañarla si no le prometía volver a Italia tras el funeral. Consuelo salió sola y nerviosa de la casa de Linares. Una lluvia fina y fresca le roció el rostro mientras se dirigía al laurel. Abrazó el tronco: allí se sentaba su padre a descansar. Sintió el alma dolorida, desgarrada. Se limpió las lágrimas y subió al Porsche. Condujo por la carretera estrecha y sinuosa que siempre escoltaba sus penas. Suspiró al ver un arcoíris brotando de unas nubes blancas sobre fondo azulete. Los alcornoques le sonreían y los quejigos parecían reconocerla, entrecruzaban sus ramas desde ambos arcones como si fueran guirnaldas de verbena. Al entrar en Aracena, el viento fundió las nubes con otras grises aumentando la lluvia. Aparcó en la pendiente de acceso a la iglesia y pisó la plazoleta cuando la campana del santuario de Nuestra Señora del Gran Dolor comenzaba a sonar. Reparó en su reloj con indiferencia: las doce del mediodía. Caminaba como si la lluvia fuera su aliada, la mirada perdida en los charcos dónde las gotas creaban un festival de burbujas y

círculos concéntricos.

—¡Vamos, corre! —apremió la sargento de la Guardia Civil desde la entrada a la iglesia— ¿cómo puedes llegar tarde al funeral de tu padre?

Consuelo vació la mente y corrió, como si fuera al funeral de un desconocido. En la puerta principal se arremolinaba el gentío taponando el acceso. La sargento se quedó sin palabras al ver las arrugas en las comisuras de los labios y alrededor de los ojos de su amiga. Unos ojos verdes resplandecientes antes y ahora lánguidos. La sujetó por los hombros y la empujó al interior, cerrando el acceso tras ella.

Consuelo ni siquiera saludó a la sargento, su querida amiga Gabriela, a la que tanto tenía que agradecer.

La sargento se quedó fuera, resguardada de la lluvia bajo el arco y plantada en custodia.

Consuelo avanzó hacia los primeros bancos evitando mirar a los vecinos mientras tomaba conciencia de dónde estaba. Acarició el ataúd antes de sentarse junto a su madre y su hijo. Apenas se miraron.

Gabriela cogió el gualquitalqui que llevaba en la cintura.

—Bermúdez, venga a despejar la puerta principal ahora mismo, aquí no cabe un alfiler —ordenó.

La sargento regresó el gualquitalqui a su cintura y comenzó a dispersar a la gente que seguía en la calle, pero algo llamó la atención de la sargento.

Fue un cambio sutil en el ambiente, como si la

sombra de una nube se deslizara sobre los charcos. Primero llegó el perfume: una fragancia densa, especiada, con un rastro de cuero. Luego vio a la mujer bajo el paraguas. El cabello negro le caía sobre los hombros como un velo de obsidiana, y su rostro, níveo, era de una perfección casi irreal. El exceso de maquillaje creaba la ilusión de estar esculpida en mármol.

La desconocida avanzó hacia la puerta del templo. Ejercía una especie de magnetismo que hacía que las personas se apartaran a su paso. Gabriela no la detuvo. Solo la siguió con la mirada mientras la mujer cruzaba el umbral con la seguridad de quién nunca ha tenido que pedir permiso.

Dentro, el incienso se elevaba como requiebros de sarmientos hacia los brazos de la luz que penetraban por los ventanales superiores y la cúpula. El sacerdote entonaba el responso pidiendo por el hermano Blas, por un hombre bienhechor que tenía más que ganado el ascenso al cielo. Uno de los monaguillos descendió del altar y caminó alrededor del ataúd moviendo el incensario.

La gente se giró cuando la puerta se cerró con un leve chirrido. El taconeo pausado de la forastera recorrió el pasillo central marcando huellas de agua entre susurros y miradas furtivas. Se detuvo detrás de Consuelo que miraba absorta al sacerdote.

La mujer se acercó a su oído.

—*Non te iba a lasciare sola, cara mia* —su voz se deslizó como una caricia con espinas.

Consuelo, sin girarse, murmuró en voz baja:

—Gracias, Giovanna.

Alfredo la miró con curiosidad. Coronada, en cambio, apenas reaccionó. Giovanna no pareció necesitar más presentación. Inclino levemente la cabeza hacia la madre y el hijo de Consuelo antes de fijar los ojos en el altar.

Una vez interrumpido el recogimiento, Alfredo se volvió hacia su abuela:

—Antonio estaba abrumado por no poder asistir al entierro, abuela —dijo—. En unos días quiere hacer una videollamada.

Coronada lo miró y sollozó asintiendo. Luego miró a su hija.

—Le dijiste a Alfredo que vendrías a verme — reprochó en susurro a Consuelo—. Llegaste anoche y ni siquiera te has dignado velar a tu padre.

Consuelo agachó la cabeza.

—Tanto sufrimiento me impide hacer lo que esperas de mí, mamá.

—Tu marido ha regresado para matar a tu padre, para vengarse de ti — sentenció Coronada.

Giovanna enarcó una ceja y observó a la viuda como quien evalúa la actuación de una actriz en plena tragedia.

—¿Y me lo echas en cara tú? Cada vez que te pedía ayuda para dejarlo, más me atabas a él.

—Todas las mujeres de este pueblo te envidiaron el día que te casaste con el hombre más guapo y más rico de la sierra.

—Mamá, no es el momento —Consuelo apretó la mano de su madre.

Coronada la soltó con desprecio y se lanzó en llanto sobre el ataúd: «Blas no me dejes sola en este valle de odio, no me abandones.»

Giovanna suspiró y miró a Coronada con el mismo desprecio que se contempla a un animal ruidoso e inútil.

—*Madonna santa... Che teatro...*—murmuró antes de volver la vista al altar.

Alfredo posó una mano en el hombro de su madre y la abrazó, como si le pidiera paciencia. Luego se acercó a su abuela tratando de consolarla mientras el sacerdote improvisaba una reflexión sobre la pena de los familiares ante tan trágica pérdida.

Fuera, el gentío había abandonado la calle.

—Ya apenas queda nadie, mi sargento —se le acercó Bermúdez por detrás sobresaltando a Gabriela—. Pero la hija del panadero se dirige a la iglesia con el carrito del bebé, ¿la detengo?

—Yo me encargo. Vuelve a la puerta trasera —aseguró ella abordando a Asun que llegaba a la entrada.

Gabriela la retuvo y le pidió que esperara fuera hasta que comenzaran a dar el pésame.

—¡Mi sargento!, —volvió a comunicar Bermúdez con alarma— un forastero muy raro ha aparcado en la plaza y se dirige a la iglesia.

La sargento se olvidó de Asun y se dirigió hacia el aparcamiento. Un tipo, con traje de chaqueta y sombrero

Panamá, caminaba con decisión bajo la decreciente llovizna.

—*Buongiorno.*

Saludó al cruzarse con ella.

Cuando Gabriela reaccionó, ya el hombre la había sobrepasado con su estela de perfume intenso, varonil y marcando el paso con unos Gucci recién abrillantados.

Tuvo un mal presentimiento.

Asun ya no esperó fuera. Cerró el paraguas y entró detrás del hombre, empujando el carrito por el pasillo central de la iglesia.

Los cuchicheos brotaban a su paso mientras el sacerdote pedía a los fieles ir en paz.

Una anciana se acercó a Consuelo, la besó y le dio el pésame: «Tu padre era un pedazo de pan, nosotros lo necesitábamos más que el Señor.»

Consuelo iba a dar las gracias cuando sintió una mano en su hombro.

—Lo siento mucho, Panocha —Asun la abrazó sin dejar de sujetar el carrito.

—Asun... —dijo Consuelo sobrecogida, bajando la mirada al impermeable que cubría el carrito.

—Este es el hijo de Jimeno y mío —Asun deslizó el impermeable y le mostró al bebé.

Consuelo miró al crío y fingió una sonrisa.

—Hola, Juanito —irrumpió Alfredo que se acercó y acarició la barbilla del niño con el índice.

—¿Qué hace esta mala mujer aquí? —intervino

Coronada.

—Vengo a darle el pésame a la familia, señora.

—Alfredo, echa de aquí a esta golfa —ordenó Coronada a su nieto—. ¡Hay que tener poca vergüenza para venir al Templo de Dios a provocarnos!

—Usted, ahí tan modosita... —respondió Asun con rabia—. Pero no es más que una hipócrita y una...

—Asun, creo que...

—¡Tú te callas, calzonazos! —gritó a Alfredo aún con la mirada fija en Coronada—. Todo el mundo sabe que el asesino de su marido es Jimeno, el yerno ricachón del que tanto presumía —continuó mirando a Coronada.

Del tercer banco salió un vecino, Rafa el del Butano, y trató de sacar a Asun de la iglesia. Ella lo empujó y lo tiró al suelo. Alfredo se acercó al hombre.

—Lárgate de aquí ahora mismo, imbécil —le susurró Alfredo al oído.

—Estoy de parte de doña Consuelo —le susurró el del Butano.

El murmullo creció y el pasillo se llenó de curiosos observando la escena.

—Que te largues, cabronazo —repitió Alfredo apretando los dientes mientras lo ayudaba a levantarse. Tenía muy presente el consejo de su abogado: nada de peleas, nada violencia, ningún lío durante la libertad provisional o acabaría en prisión preventiva hasta que se celebrara el juicio por la muerte de su padre.

Rafa salió de la iglesia.

Giovanna apoyó el codo en el respaldo del banco. El espectáculo prometía. Ah, questa gente... sempre così drammatica.

—Tú eres una tiúcha que deberías estar pidiendo por las calles, desvergonzada —insultó Coronada a Asun en susurro y mirando de refilón al sacerdote que repetía el «podéis marchar en paz».

—¡Váyase usted con Dios, señora! —la increpó Asun — Y tú, —cogió del brazo a Consuelo crecida de ánimos— vas a venir ahora mismo conmigo a la notaría y firmarás lo que haga falta para que mi hijo rece como heredero legítimo de Jimeno.

—Asun, es el entierro de mi abuelo... —Alfredo volvió a su lado.

—Empezó tu abuela...

Asun tiró del brazo de Consuelo.

—¿Pero cómo te atreves? —Consuelo intentó zafarse —. Tú eres una sinvergüenza que...

Asun levantó la otra mano para darle un bofetón.

Unos dedos largos y firmes atraparon su muñeca en el aire como un cazador cerrando una trampa.

—¿*Quieres hacer questo qui?* —preguntó Giovanna, la ceja arqueada y una sonrisa apenas insinuada.

—Suelta, ¿tú quién coño eres? —gruñó Asun, intentando recuperar el control.

—Giovanna Ferretti, *socia di Consuelo*.

Y con la misma elegancia con la que había detenido el golpe, soltó la muñeca de Asun con un leve empujón,

como quien descarta algo insignificante.

Asun se acercó otra vez furiosa.

—Tranquila, *ragazza* —intervino el del sombrero Panamá que se había mantenido a cierta distancia.

—¿Y este tío quién es? —Asun miró perpleja al hombre.

—*Vincenzo, il novio di Consuelo* —respondió el del Panamá interponiéndose entre las mujeres con una mirada calculada, que pasaba de Asun a Giovanna, dejándoles claro que aquella escena había terminado.

Una sombra de humillación cruzó el rostro de Asun. Sus ojos se clavaron en Alfredo. Pero él permaneció impávido, atrapado entre la sorpresa y la confusión.

—Tienes unos amigos *adorabili, cara mia* —murmuró Giovanna con una sonrisa irónica.

Antes de que Consuelo pudiera reaccionar, Vincenzo, se volvió y colocó una mano firme en su cintura.

El murmullo en la iglesia creció.

Los monaguillos abrieron las puertas de par en par.

Gabriela, atenta a las provocaciones de Asun desde la puerta, no tuvo tiempo ni ganas de intervenir en la disputa que llegaba a su fin con la actuación de aquel hombre. Se enfundó los guantes para mitigar el frío húmedo de principios de marzo, y se mantuvo en guardia en la salida. Desde allí observó cómo Consuelo se cogía al brazo que le ofrecía el forastero y apoyaba la cabeza en su hombro.

Tampoco se despidió de la sargento cuando cruzaron la puerta.



## ACERCA DEL AUTOR

Agustín López-Raya (Rus, 1966) es Doctor en Comunicación por la Universidad de Sevilla. Creó y dirigió una de las primeras revistas digitales de España: [Sevillacultural.com](http://Sevillacultural.com). Tres años más tarde fundó [Elcultural.com](http://Elcultural.com), un medio de comunicación de ámbito nacional, premiado por la Fundación San Telmo, como el Mejor Proyecto en Innovación y Proyección de futuro. Tras varios años como asesor de proyectos de Internet para Cruzcampo y la Junta de Andalucía, se incorpora como ciberperiodista a Canal Sur TV.

Autor de *El atardecer sin mí* y *El amor de los Barranquero* publicó en 2023 *El amo de Consuelo*, primera entrega de la Trilogía del Patriarcado.

Tras el éxito alcanzado, regresa al mundo literario con *La venganza de Consuelo*, la esperada segunda parte.